

GREGORIO VII Y EL RENACIMIENTO DE LA CRISTIANDAD MEDIEVAL

ALBERTO GUTIERREZ J.S.J.*

RESUMEN

Se ha celebrado en este año el 90. Centenario de la muerte del Papa Gregorio VII en Salerno, ciudad costera del sur de Italia. En el marco de la celebración, se llevó a cabo un Congreso Internacional al que asistieron los mejores expertos sobre el tema "La Reforma Gregoriana y Europa". La Universidad Javeriana presentó, en tan importante certamen académico, la siguiente ponencia en la que se analiza el significado de la Reforma de Gregorio VII en el renacimiento de la Cristiandad medieval. El autor, Alberto Gutiérrez J. S.J. asistió a Salerno en representación de la Universidad Javeriana, de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica y de la Asociación de Historiadores Javerianos.

La personalidad de Gregorio VII

Gregorio VII fue, sin duda, una de las primeras personalidades de trascendencia histórica surgidas en los albores del segundo milenio. Nació en la segunda década del siglo XI en el ambiente rural de los alrededores de Roma, sin parentesco con las familias tradicionalmente influyentes en la política pontificia de los Estados de la Iglesia y sin vinculación con los círculos romanos favorecidos por la sombra de los Emperadores del Sacro Imperio Romano-Germánico. No obstante la sonoridad de su apellido Aldobrandeschi, este solo lo llevaban pequeños burgueses de la campiña romana, dedicados a la agricultura y a la ganadería, "al cuidado de las cabras", como burlescamente se solazaban en consignar los gratuitos detractores del gran papa, por otra parte celosos escarbadores de posibles ancestros judaicos por parte de la familia de la madre. Dentro de la lógica política instaurada en el siglo de Hierro de la Alta Edad Media, para todo estaba llamado Hildebrando Aldobrandeschi menos para papa y para papa reformador de las estructuras de la Cristiandad medieval.

* Doctor en Historia, Pontificia Universidad Javeriana. Decano Académico de la Facultad de Ciencias sociales de la Pontificia Universidad Javeriana. Miembro de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica.

Hildebrando no tuvo una formación teológica y jurídica que fuera más allá de la común y corriente en una época intelectualmente mediocre. Sin embargo, su amor a la Escritura Sagrada y al pensamiento de los Santos Padres iluminó siempre su profundo espíritu religioso que se fue aquilatando en la Escuela del más puro benedictinismo cluniacense, providencial epicentro del movimiento reformador de la Iglesia en pro de una mayor libertad y pureza de su carisma evangélico. Los tiempos no eran fáciles, no obstante el proteccionismo calculado de los emperadores del Sacro Imperio de la Iglesia y, en especial, al papado, cuya significación histórica y su influjo político eran necesarios para salvaguardar las anacrónicas ilusiones ecuménicas de quienes querían reconquistar la posición de herederos de Constantino y de Carlomagno. La simbiosis del Reino y el Sacerdocio atentaba peligrosamente contra la autonomía de lo espiritual en el ambiente teocrático de homenajes feudales, investiduras y dependencias que amenazaban con confundir las finalidades específicas de las funciones civiles y religiosas de la cristiandad.

Hildebrando sufrió en carne propia los efectos de la ominosa dependencia del papado con respecto a las prepotentes familias romanas y el propio emperador alemán. Cuando en el año 1032, se suscitó la caótica incertidumbre de cuál era el papa legítimo, si Benedicto IX, el candidato impuesto por la familia de los Teofilactos, o Silvestre III, el elegido por los romanos en un gesto de pretendida legitimidad popular, o el virtuoso Gregorio VI a quien se consideraba como una aceptable fórmula de compromiso, el emperador Enrique III intervino amparado en su condición de protector de la Iglesia, declarando destituidos a los tres y procediendo a nombrar al alemán Clemente II. Hildebrando, que creía firmemente en la legitimidad y pureza de la causa de Gregorio VI, lo acompañó al destierro, dando con ello una muestra de libertad de espíritu que jamás desaparecería de su personalidad religiosa, aún en los más álgidos episodios de la lucha de las investiduras.

La reforma gregoriana

Desde mediados del siglo XI, el clamor por una reforma moral de la sociedad surgió avasallante en todos los estamentos de la Cristiandad hasta las cumbres de la Sede apostólica. Se abogaba por una Iglesia más pura y más libre en la que el clero fuera ejemplo de virtud cristiana y estuviera alejado del nicolaísmo que atentaba contra el celibato y de la simonía que había convertido en un negocio escandaloso el acceso a los oficios y beneficios eclesiásticos. Desde los monasterios benedictinos de la congregación de Cluny se dejaron escuchar prudentes y perentorios llamados a una mayor santidad y pureza de vida, sobre todo en aquellos que, por vocación, tenían el deber sagrado de la cura de almas, el papa en primer lugar, y, después, los obispos y el clero, tanto de los monasterios como de los canonicatos episcopales y parroquiales.

Hildebrando se sumó al movimiento reformador poniéndose al servicio de los papas al lado de quienes, como él, creían que la Iglesia tenía un mandato de Cristo que la obligaba a no traicionar la voluntad de su fundador y a no destruir la providencial tensión de su ser histórico entre lo trascendente de su vocación divina y lo immanente de su realización temporal en el mundo de las cambiantes estructuras políticas.

Hildebrando fue comprendido cada vez mejor y el recto orden del mundo exigía una adecuada definición de lo que era la Iglesia y del fundamento sobre el cual estaba

fundada, es decir, Pedro y sus sucesores los pontífices romanos. Su "mística petrina", como la llama Kempf con sobrada razón, condujo la acción del reformador a ponerse al servicio de los papas a quienes estimulaba a considerarse, ante todo, como vicarios de Cristo y guardianes de la fe y de las costumbres del pueblo de Dios. Su presencia en primera línea se hizo necesaria, su voz avasalladora se convirtió en el estímulo reconfortante de una Iglesia oficial que llamó a Hildebrando a ocupar el puesto de Cardenal archidiácono. Cuando el 21 de abril de 1073 murió el papa Alejandro II, el clero y el pueblo romanos lo aclamaron como sumo pontífice, y el Sacro Colegio Cardenalicio formalizó la elección de acuerdo con el reciente decreto del papa Nicolás II.

Gregorio VII fue el nombre que asumió Hildebrando, en memoria, según él, del gran Gregorio Magno y de su desgraciado maestro y predecesor Gregorio VI. Su pontificado fue una continuación de la obra emprendida por su predecesores con su ayuda y sincera aprobación. Gregorio VII se mostró, desde sus inicios, como el hombre de la reforma integral: íntima y apasionadamente religioso, con un elevado concepto de su responsabilidad como papa en un mundo que se hallaba dividido, según sus palabras, entre la "Ciudad de Dios" y la "Ciudad del Mal" y con una conciencia muy clara del papel del sacerdocio frente a los reinos de este mundo. Como hombre de acción que era, inició pronto su obra de reforma moral: por medio de concilios regionales, de sínodos celebrados en Roma, de enviados papales a todos los reinos de Europa, de misiones bien preparadas, su voz se dejó oír en todas las Iglesias con un mensaje en pro de la liberación de la potestad espiritual y de la autonomía de la Iglesia en lo tocante a su gobierno, a la elección de su jerarquía eclesiástica y a la expresión auténtica de su doctrina.

Su ideario religioso-político, inspirado por la más auténtica convicción de su deber pastoral, es el fruto del convencimiento de que no basta predicar a los hombre una reforma moral mientras no se eliminen las causas que producen la situación de pecado en el medio social. Allí estaba el problema: la dependencia de lo espiritual a lo terrenal, de lo religioso a lo político, era la causa o, por lo menos, condicionaba la actitud simoníaca en la Iglesia y el que llegaran al clero muchos candidatos movidos, más por ambición de poder terrenal, que por auténtica vocación religiosa con las funestas consecuencias que ello acarrearba. La trascendencia histórica de la vida y de la obra de Gregorio VII radicó en el hecho de haber comprendido que la reforma moral, emprendida en buena hora por sus predecesores, no era posible y duradera sino sobre la base de una reforma estructural de la sociedad feudal. La idea no era absolutamente nueva; lo original y admirable fue la manera como el papa, un auténtico místico de la liberación de la Iglesia, emprendió su lucha contra lo que juzgaba perjudicial e injusto dentro de las estructuras seculares de la Cristiandad: la dependencia feudal de los oficios eclesiásticos y el peligroso proteccionismo del Reino con respecto al Sacerdocio, como muchas veces ha sucedido a lo largo de la historia, mientras la intención del Papa fue solamente moral, su reforma gozó de la benevolencia de la potestad secular; pero cuando debió emprender la lucha en pro de una reforma estructural, el emperador y los reyes se opusieron radicalmente y emprendieron una ruda campaña en contra de lo que se juzgaba atentatorio de los derechos tradicionales del poder secular.

Lo que se ha llamado "lucha de las investiduras" no es sino un capítulo de la profunda transformación obrada por Gregorio VII. Se ha hecho demasiado énfasis en la formidable polémica entre el papa y el emperador Enrique IV que llegó a su momento culminante en la escena de la humillación de Canossa y pintores y novelistas la han perpetuado, no

siempre de acuerdo a la verdad histórica. Es cierto que, en el castillo de la Condesa Matilde de Toscana, el papa Gregorio impuso una dura penitencia al emperador que había querido desconocer su autoridad espiritual. Pero es igualmente cierto que, aún previendo lo falso del arrepentimiento de su adversario vencido, primaron en Gregorio VII sus sentimientos sacerdotales sobre las consideraciones políticas y, concedió generosamente un perdón del cual podía esperar las más funestas consecuencias.

Gregorio VII murió desterrado por causa de Enrique IV. Murió en Salerno hace nueve siglos, prácticamente abandonado. Realmente su vida terminó en la aparente derrota aunque la convicción de haber combatido por una causa justa permaneció inalterable en Gregorio VII y, en la memoria de quienes, guiados por él, habían emprendido la reforma de la Cristiandad medieval.

Renacimiento gregoriano

La Reforma Gregoriana, en una de esas paradojas muy comunes en la historia de las grandes realizaciones humanas, produjo su fruto después de la desaparición de su genial iniciador, fundamentada precisamente en su aparente fracaso. La obra de Gregorio VII, con sus luces y sus sombras, con sus victorias y derrotas, tuvo como consecuencia inmediata el suscitar la pasión de pensar en toda la Cristiandad: teólogos y juristas tuvieron que plantearse muchos interrogantes acerca del audaz programa liberador de los "Dictatus Papae Gregori". Del afán de definir más exactamente el origen, la esencia y los objetivos de la Iglesia y de la sociedad civil surgió un original pensamiento teológico y, consecuentemente, una nueva concepción del Derecho, fundados ambos en la diástasis o diferenciación entre la Iglesia y el Imperio y los Reinos y entre la ley canónica y la ley de los Estados. Favorecidos por el movimiento corporativo de la nueva sociedad urbana, los intelectuales de la época post-gregoriana comenzaron a aglutinar sus intereses investigativos y docentes y crearon, como magnífica floración de la Cristiandad reformada las instituciones universitarias en las que el saber puso, desde el comienzo, al servicio de la ideación de una nueva sociedad en la que la Iglesia y el Estado debían atender a su propias finalidades dentro de un régimen de libertad y de respeto que no podía basarse en injustas dependencias.

Falsamente se podría tildar de oscura una época que iluminó la mente de los grandes luchadores de la Reforma San Pedro Damián y Humberto de Moyenmoutier, del discutido teólogo Berengario de Tours, de Juan Graciano el eximio jurista de Bolonia, de San Anselmo de Canterbury, Ivo de Chartres y San Bernardo de Claraval, pensadores todos de la más clara estirpe en un medio escolar y universitario que se abría esplendoroso a los siglos por venir. París, Bolonia, Oxford, Cambridge, Salerno, Montpellier, Coimbra y Salamanca vieron nacer sus universidades, las primeras de la historia. Europa entera empezó a pensar para responder cada día con mayor profundidad a los interrogantes que planteó un hombre que, por liberar a la Iglesia de una inconveniente coyunda secular, tuvo que enfrentarse a los intereses prepotentes de los reinos seculares y murió en el destierro precisamente por sacrificar los intereses políticos en aras de su función sacerdotal de pontífice, vicario de Cristo.

Solo en el ambiente de renacimiento producido por la reforma de Gregorio VII se entiende el que generación tras generación emularan en pasión por encontrar la verdad, ya no encerrada en la monótona repetición del pasado, sino en una auténtica lucha esco-

lástica que iluminaba el ejercicio de la razón y de la fe, en las escuelas catedralicias, monacales y palatinas, y en el solemne recinto de las universidades. Pedro Abdardo propuso allí un nuevo método escolástico de análisis que, recibido con recelo por muchos antidialecticos, terminó por imponerse en los medios intelectuales acostumbrados ya a comprender el valor que encerraban Aristóteles y sus comentaristas árabes y judíos antes proscritos de la Cristiandad y ahora aceptados críticamente en un medio que amaba la verdad. viniera de donde viniese. La filosofía, aplicada a la reflexión teológica y jurídica, se convirtió, por obra del mismo Abelardo, y de Guillermo de Champeaux, y aún de Guillermo de Ockam y de los nominalistas en un instrumento de profundo sentido humanístico que preparó la generación del renacimiento, heredera de un pasado Gregoriano y nunca, como opinan muchos historiadores del pasado, surgida casi por generación espontánea como reacción imprevista contra lo que se llamó con inexactitud evidente, la Oscuridad Tenebrosa de la Edad Media.

Nuevas estructuras de poder se gestaron en la diástisis propiciada por Gregorio VII; los juristas, basados en el Derecho Romano y Bizantino, enunciaron una teoría acerca de la sociedad civil que fundamentó con sólidos argumentos la nueva concepción del poder civil de un Federico I Barbarroja o de un Federico II, el último de los Emperadores Medievales o, si se prefiere, el primer monarca del Renacimiento. Como es apenas lógico, no fue fácil ajustar la manera de ser de la cristiandad al nuevo esquema mental y, como era de esperarse, ello no se logró sin arduas luchas, intelectuales, muchas de ellas, bélicas también en ocasiones cuando los artífices de una nueva época, más definida en sus estructuras religiosas y políticas, querían invocar pasadas centurias en las que la exageración de los poderes en juego amenazaban el equilibrio de las relaciones entre el reino y el sacerdocio, entre las leyes de los estados y los cánones de la Iglesia, entre la teología y la filosofía, entre la fe y la razón.

El Renacimiento Gregoriano de los siglos XII y XIII fue el signo de una nueva sociedad y, dentro de ella, de una nueva Iglesia, muy humana en algunos momentos, pero muy consciente de los valores inherentes a la vida consagrada y a la religiosidad popular. Recuérdese que, en menos de un siglo, el Benedictinismo vió desarrollar esplendorosamente la Reforma del Cister y que la Iglesia vió nacer el heroico estilo de vida de los Cartujos de San Bruno, de los canónigos regulares de San Agustín, de los Premostratenses y, más tarde, la irrepetible floración de los mendicantes, si una época se puede valorar por el estilo de vida que inspira, tenemos que reconocer que pocos momentos más luminosos se han dado en la historia como los siglos que siguieron a la Reforma Gregoriana, sin duda el motor y el punto de partida del Renacimiento de la Cristiandad medieval.

El pueblo de Dios, muchas veces olvidado, recibió también el mensaje Gregoriano y lo asimiló a su manera, con una mística original, al aceptar la voluntad de Dios tal como era predicada por los papas, auténticos guardianes de una verdad evangélica que debía ser predicada a todas las criaturas del universo: con todo lo que tienen de discutible en sus motivaciones y aún de antievangélico en el uso de la fuerza para lograr los ideales de reconquista de los Santos lugares, las Cruzadas son una muestra de hasta donde se conmovió el alma cristiana ante el llamado de los papas, acuciados por la urgencia de evitar la profanación de los lugares santificados por Cristo, en poder de los musulmanes. El pueblo de Dios respondió aun antes que los príncipes, al grito de "Dios lo quiere" y, desordenada, pero místicamente, se lanzó a una gesta que, en su piedad ingenua, iden-

tificaba con el maritimo. Las Cruzadas, como fenómeno popular, fueron la manifestación más clara del nuevo ideal religioso o una Iglesia rediviva y heroicamente motivada por el ideal reformador de Gregorio VII y sus inmediatos sucesores, sobre todo, Urbano II, el predicador de la primera Cruzada.

El ideal de Reforma penetró en el clero y, a través de él, en el pueblo que vivió más intensamente su vida cristiana. Deseoso de una mayor conciencia religiosa, exigió un clero más apostólico y más cercano, lográndolo a través de los benedictinos del Cister, de los canónigos y, en último término, de los mendicantes, auténticos religiosos surgidos del pueblo y apostólicamente comprometidos con él.

Tanto Francisco de Asís, como Domingo de Guzmán son fruto de un espíritu nuevo dentro de la Iglesia: manifiestan, cada uno dentro de su especial carisma, lo que es una religión al servicio de pueblo, con un compromiso eficaz con los pobres, dentro de la Iglesia, que solo tenía precedentes en la primera comunidad cristiana de Jerusalén. Francisco y Domingo surgieron en un ambiente de Iglesia reformada y su carisma, tan crítico de una jerarquía poderosa, se colocó desde el comienzo en el ámbito de la más estricta obediencia a la Iglesia. En eso se diferenciaron de los herejes de la época, valdenses y albigenses, amantes de la pobreza y del compromiso con el pueblo, pero fuera de los carriles de obediencia a la Iglesia jerárquica. Hoy, a la luz de una nueva interpretación del Renacimiento Gregoriano, resulta difícil decir si Francisco y Domingo son los últimos de una Iglesia medieval o los primeros de una época de Renacimiento humanista. De todas maneras el compromiso con el hombre de los dos grandes fundadores, es mucho más profundo e integral que el que pudieron tener los humanistas del Renacimiento, Dante, Boccaccio y Petrarca, por ejemplo.

Conclusión

Una conclusión brota espontánea del sucinto análisis realizado hasta aquí: la reforma Gregoriana produjo un movimiento incontenible de Renacimiento de la cristiandad medieval, por lo menos dos siglos anterior a lo que los Historiadores han llamado Renacimiento Humanista. Esto nos obliga a reconsiderar la misma periodicidad histórica anticipando el Renacimiento y dejando de considerarlo simplemente como un surgir del nuevo Humanismo casi por generación espontánea. Las luces de Dante y de los escritores renacentistas italianos no se entienden sino con los antecedentes del Renacimiento producido, en el siglo XI, por la Reforma Gregoriana.

Otra conclusión que surge espontáneamente, es que el término Reforma debe ser reconsiderado para que no se aplique solamente y por antonomasia a la protestante o a las Reformas de la Iglesia que han pretendido realizarse en su contra y rompiendo su unidad. Gregorio VII se yergue como un argumento perenne de que es posible y necesario buscar una Iglesia más pura y más libre denunciando los errores humanos de sus miembros, jerarquía y pueblo, sin escándalos farisaicos y sin contemporizaciones paralizantes. Hoy tenemos que afirmar que con mayor verdad y respeto de la tensión immanente a la obra de Cristo en el mundo procedió Gregorio VII en su Reforma que quien ha sido llamado Reformador por antonomasia: Martín Lutero. De la obra del primero, surgió el Renacimiento de la Cristiandad medieval; de la del segundo, el desgraciado odio secular en una iglesia dividida que solamente después de cuatro siglos logra el restablecimiento débil de un diálogo basado en el reconoci-

miento de las faltas de todos. Cuántos dolores se hubiera evitado el mundo si la Reforma de Lutero se hubiera realizado dentro de los cánones de amor a la Iglesia que fueron la característica de la Reforma Gregoriana. Por eso, no dudo en concluir finalmente que, no obstante la conjuración del silencio de cierta historiografía con respecto a Gregorio VII, hoy tenemos que considerarlo como uno de los iniciadores del mundo moderno y de la Iglesia en trance de una Reforma profunda de sus estructuras. Su noveno Centenario nos deja profundas lecciones que no podemos ignorar, hoy menos que nunca.